

ERIC J. HOBSBAWM

INDUSTRIA E IMPERIO

*Una historia económica
de Gran Bretaña desde 1750*

Los resultados humanos de la Revolución industrial, 1750-1850¹

La aritmética fue la herramienta fundamental de la Revolución industrial. Los que llevaron a cabo esta revolución la concibieron como una serie de adiciones y sustracciones: la diferencia de coste entre comprar en el mercado más barato y vender en el más caro, entre costo de producción y precio de venta, entre inversión y beneficio. Para Jeremy Bentham y sus seguidores, los campeones más consistentes de este tipo de racionalidad, incluso la moral y la política se manejaban con estos sencillos cálculos. El objeto de la política era la felicidad. Cualquier placer del hombre podía expresarse cuantitativamente (por lo menos en teoría) y también sus pesares. Deduciendo éstos de aquél se obtenía, como resultado neto, su felicidad. Sumadas las felicidades de todos los hombres y deducidos los infortunios, el gobierno que consiguiera la mayor felicidad para el mayor número de personas era el mejor. La contabilidad del género humano tendría sus saldos deudores o acreedores, como la mercantil.²

El análisis de los resultados humanos de la Revolución industrial no se ha liberado totalmente de este primitivo enfoque. Aún tenemos tendencia a preguntarnos: ¿mejoró o empeoró las condiciones de la gente? y, si fue así, ¿en qué medida? Para ser más precisos: nos preguntamos qué poder adquisitivo, o bienes, servicios, etc., que pueden comprarse con dinero, proporcionó la Revolución industrial y a qué número de individuos, admitiendo que la mujer que posee una lavadora vivirá mejor que la que no la posee (lo que es razonable), pero también: *a)* que la felicidad privada consiste en una acumulación de cosas tales como bienes de consumo y *b)* la felicidad pública consiste en la mayor acumulación de éstas para el mayor número de individuos (lo que no

lo es). Estas cuestiones son importantes, pero también engañosas. Es natural que todo historiador se sienta interesado por conocer si la Revolución industrial obtuvo para la mayoría de la gente en términos absolutos o relativos más y mejor alimento, vestido y vivienda. Pero no logrará su objetivo si olvida que esta revolución no fue un simple proceso de adición y sustracción, sino un *cambio social fundamental* que transformó las vidas de los hombres de modo irreconocible. O, para ser más exactos, en sus fases iniciales destruyó sus viejos modos de vida y les dejó en libertad para qué descubrieran o se construyeran otros nuevos si podían y sabían cómo hacerlo. No obstante, rara vez les enseñó a conseguirlo.

Queda claro que hay una relación entre la Revolución industrial como suministradora de comodidades y como transformadora social. Las clases cuyas vidas experimentaron menos transformaciones fueron, normalmente, las que más se beneficiaron en términos materiales (y al revés), en tanto que su inhibición ante los cambios que estaban afectando a los demás obedecía no sólo al conformismo material, sino también al moral. Nadie es más complaciente que un hombre acomodado y triunfante, satisfecho de un mundo que parece haber sido construido precisamente por personas de su misma mentalidad.

Así, pues, la industrialización británica afectó escasamente —salvo en las mejoras— a la aristocracia y pequeña nobleza. Sus rentas engrosaron con la demanda de productos del campo, la expansión de las ciudades (cuyo suelo poseían) y de las minas, forjas y ferrocarriles (que estaban situados en sus posesiones). Aun en los peores tiempos para la agricultura (como sucedió entre 1815 y la década de los 30), difícilmente podían verse reducidos a la penuria. Su predominio social permaneció intacto, su poder político en el campo completo, e incluso su poder a escala nacional no sufrió alteraciones sensibles, aunque a partir de 1830 hubieran de tener miramientos con las susceptibilidades de una clase media provinciana, poderosa y combativa. Es probable que a partir de 1830 apuntaran las primeras nubes en el limpio horizonte de la vida señorial, nubes que debieron parecer oscuros nubarrones para el inglés terrateniente y con título nobiliario que había conocido una era dorada en los primeros cincuenta años de industrialización. Si el siglo XVIII fue una edad gozosa para la aristocracia, la época de Jorge IV (como regente y como rey) debió ser el paraíso. Sus jaurías cruzaban los condados (el moderno uniforme para la caza del zorro refleja aún sus orígenes en la época de la Regencia). Sus faisanes, protegidos por los pistolones de los guardabosques con-

tra todo aquel que no dispusiera de una renta anual equivalente a 100 libras esterlinas, esperaban la batida. Sus casas de campo pseudoclásicas o neoclásicas se multiplicaban como no lo habían hecho nunca desde la época isabelina ni volverían a hacerlo. Como que las actividades económicas de la aristocracia, a diferencia de su estilo social, ya se habían adaptado a los métodos comerciales de la clase media, la época del vapor y de las oficinas contables no les supuso grandes problemas de adaptación espiritual, excepto quizás para los que pertenecían a los últimos aledaños de la jerarquía hidalga, o para aquellos cuyas rentas procedían de la cruel caricatura de economía rural que era Irlanda. Los nobles no tuvieron que dejar de ser feudales, porque hacía ya mucho tiempo que habían dejado de serlo. Como mucho, algún rudo e ignorante baronet del interior tendría que encararse con la nueva necesidad de enviar a sus hijos a un colegio adecuado (las nuevas "escuelas públicas" se construyeron a partir de 1840 para educar a éstos y a los vástagos de los florecientes hombres de negocios) o disfrutar más asiduamente de los encantos de la vida londinense.

Plácida y próspera por igual era la vida de los numerosos parásitos de la sociedad aristocrática rural, alta y baja: aquel mundo rural y provinciano de funcionarios y servidores de la nobleza alta y baja, y las profesiones tradicionales, somnolientas, corrompidas y, a medida que progresaba la Revolución industrial, cada vez más reaccionarias. La iglesia y las universidades inglesas se dormían en los laureles de sus privilegios y abusos, bien amparados por sus rentas y sus relaciones con los pares. Su corrupción recibía más ataques teóricos que prácticos. Los abogados, y lo que pasaba por ser un cuerpo de funcionarios de la administración, seguían sin conocer la reforma. Una vez más el antiguo régimen alcanzó un punto culminante en la década posterior a las guerras napoleónicas, a partir del cual comenzaron a aparecer algunas olas en los tránsitos remansos del capítulo catedralicio, colegios universitarios, colegios de abogados, etc., que produjeron, a partir de la década de 1830, algunos tímidos cambios (los furibundos y desdeñosos ataques procedentes del exterior, ejemplificados por las novelas de Dickens, no fueron muy efectivos). Sin embargo, el respetable clero victoriano de las novelas de Trollope, aunque muy alejado de los hogarthianos clérigos-magistrados cazadores de la Regencia, era el producto de una adaptación cuidadosa y moderada, no de la ruptura. Las susceptibilidades de tejedores y jornaleros agrícolas no hallaron las mismas atenciones que las de los clérigos y preceptores, cuando hubo que introducirlos en un mundo nuevo.

Una consecuencia importante de esta continuidad —en parte reflejo del poder establecido de la vieja clase alta, en parte negativa deliberada a exacerbar las tensiones políticas entre las gentes acaudaladas o influyentes— fue que las nacientes clases comerciales hallaron un firme patrón de vida aguardándoles. El éxito social no iba a significar ninguna incógnita, ya que, a través de él, cualquiera podía elevarse a las filas de la clase superior. Podía convertirse en caballero (*gentleman*) con su correspondiente casa de campo, quizás con el tiempo ingresaría en las filas de la nobleza, tendría un escaño en el Parlamento para él o para su hijo educado en Oxford o Cambridge y un papel social firme y establecido. Su esposa se convertiría en una “dama”, (*lady*) instruida en sus deberes por cientos de manuales sobre reglas de la etiqueta que se publicaron ininterrumpidamente desde 1840. Las dinastías más antiguas de negociantes se beneficiaron ampliamente de este proceso de asimilación, sobre todo los *comerciantes* y financieros y de forma específica el comerciante ocupado en el comercio colonial, que llegó a ser el tipo de empresario más respetado e importante después de que los molinos, fábricas y funciones hubieran llenado los cielos del norte de humo y neblina. La Revolución industrial no supuso tampoco para él transformaciones esenciales excepto quizás las que pudieran experimentar los artículos que compraba y vendía. Como ya hemos visto, se insertó en la poderosa, extensa y próspera estructura comercial que fue la base del poderío británico en el siglo XVIII. Económica y socialmente sus actividades y nivel social eran familiares, cualquiera que fuese el peldaño alcanzado en la escala del éxito. Durante la Revolución industrial los descendientes de Abel Smith, banquero de Nottingham, disfrutaban ya de cargos oficiales, se sentaban en el Parlamento y habían realizado matrimonios con la pequeña nobleza (aunque todavía no con la realeza, como harían más tarde). Los Glyns habían pasado de regentar negocios de salazones en Hatton Garden a una posición similar a la descrita; los Barings, propietarios de una fábrica de tejidos en el West Country, estaban a punto de convertirse en gran potencia del comercio y las finanzas internacionales, y su ascenso social había corrido parejo con el económico. Tenían ya, o estaban a punto de conseguir, la dignidad de pares del reino. Nada más natural que otros tipos de negociantes, como Robert Peel, industrial del algodón, iniciaran la misma andadura de riquezas y honores públicos a cuyo fin se hallaba el gobierno e incluso (como sucedió con el hijo de Peel y también con el de Gladstone, comerciante de Liverpool) el cargo de primer ministro. En efecto, el llamado gru-

po "peelita" del Parlamento, en el segundo tercio del siglo XIX, representaba cabalmente este grupo de familias negociantes asimiladas a la oligarquía terrateniente, aunque se enfrentaran duramente con ella cuando chocaban los intereses económicos de la tierra y los negocios.

Sin embargo, la inserción en la oligarquía aristocrática es, por definición, sólo asequible a una minoría (en este caso para una minoría de excepcionalmente ricos o de los negociantes respetables por su tradición).³ La gran masa de gentes que se elevan desde inicios modestos —aunque rara vez de la estricta pobreza— a la opulencia comercial, y la mayor masa de los que, por debajo de ellos, pugnaban por entrar en las filas de la clase media y escapar de las humildes, eran demasiado numerosas para poder ser absorbidas, cosa que, además, en las primeras etapas de su progreso, no les preocupaba (tal vez sus mujeres eran menos neutrales). Este grupo fue adquiriendo cada vez mayor conciencia como "clase media" y no ya como una "capa media" de la sociedad, conciencia que se fue generalizando a partir de 1830. Como tal clase, exigía derechos y poder. Además —y sobre todo cuando sus componentes procedían de estirpes no anglicanas y de regiones carentes de una sólida estructura aristocrática tradicional— no estaba vinculada emocionalmente con el antiguo régimen. Tales fueron los pilares de la liga contra la ley de cereales, enraizada en el nuevo mundo comercial de Manchester: Henry Ashworth, John Bright de Rochdale (ambos cuáqueros), Potter, del *Manchester Guardian*, los Gregs, Brotherton, el cristiano bíblico ex industrial del algodón; George Wilson fabricante de colas y almidones, y el mismo Cobden, quien pronto cambió su no muy brillante carrera en el comercio de indias por la de ideólogo *fulltime*.

Sin embargo, aunque la Revolución industrial cambió fundamentalmente sus vidas —o las vidas de sus padres— asentándoles en nuevas ciudades, planteándoles a ellos y al país nuevos problemas, no les desorganizó. Las sencillas máximas del utilitarismo y de la economía liberal, aún más desmenuzadas en los latiguillos de sus periodistas y propagandistas, les dotó de la guía que necesitaban, y si esto no era suficiente, la ética tradicional —protestante o la que fuera— del empresario ambicioso y emprendedor (sobriedad, trabajo duro, puritanismo moral) hizo el resto. Las fortalezas del privilegio aristocrático, la superstición y la corrupción, que aún debían derribarse para permitir a la libre empresa introducir su milenio, les protegían también de las incertidumbres y problemas que acechaban al otro lado de sus muros. Hasta la década de 1830, apenas si habían tenido que enfrentarse con

el problema de qué hacer con el dinero sobrante después de vivir con cómodo dispendio y de reinvertir para la expansión del negocio. El ideal de una sociedad individualista, una unidad familiar privada que subvenía a todas sus necesidades materiales y morales sobre la base de un negocio privado, les convenía porque eran gentes que ya no necesitaban de la tradición. Sus esfuerzos les habían sacado del atolladero. En un cierto sentido su propia recompensa era el gusto por la vida, y si esto no les bastaba, siempre podían recurrir al dinero, la casa confortable alejada de la fábrica y de la oficina, la esposa modesta y devota, el círculo familiar, el encanto de los viajes, el arte, la ciencia, la literatura. Habían triunfado y se les respetaba. "Atacad cuanto queráis a las clases medias —decía el agitador de la liga contra la ley de cereales a un auditorio cartista hostil— pero no hay un hombre entre vosotros con medio penique a la semana que no esté ansioso por figurar en ellas."⁴ Sólo la pesadilla de la bancarrota o de las deudas se cernía, de vez en cuando, sobre sus vidas, pesadilla atestiguada por las novelas de la época: la confianza traicionada por un socio infiel; la crisis comercial; la pérdida del confort de clase media; las mujeres reducidas a la miseria; quizás incluso la emigración a aquel último reducto de indeseables y fracasados: las colonias.

La clase media triunfante y aquellos que aspiraban a emularla estaban satisfechos. No así el trabajador pobre —la mayoría, dada la naturaleza de las cosas— cuyo mundo y formas de vida tradicionales destruyó la Revolución industrial, sin ofrecerle nada a cambio. Esta ruptura es lo esencial al plantearnos cuáles fueron los efectos sociales de la industrialización.

El trabajo en una sociedad industrial es, en muchos aspectos, completamente distinto del trabajo preindustrial. En primer lugar está constituido, sobre todo, por la labor de los "proletarios", que no tienen otra fuente de ingresos digna de mención más que el salario en metálico que perciben por su trabajo. Por otra parte, el trabajo preindustrial lo desempeñan fundamentalmente familias con sus propias tierras de labor, obradores artesanales, etc., cuyos ingresos salariales complementan su acceso directo a los medios de producción o bien éste complementa a aquéllos. Además el proletario, cuyo único vínculo con su patrono es un "nexo dinerario", debe ser distinguido del "servidor" o dependiente preindustrial, que tenía una relación social y humana mucho más compleja con su "dueño", que implicaba obligaciones por ambas partes, si bien muy desiguales. La Revolución industrial sustituyó al servidor y al hombre por el "operario" y el "brazo" exce-

to claro está en el servicio doméstico (principalmente mujeres), cuyo número multiplicó para beneficio de la creciente clase media, que encontró en él el mejor modo de distinguirse de los obreros.⁵

En segundo lugar, el trabajo industrial —y especialmente el trabajo mecanizado en las fábricas— impone una regularidad, rutina y monotonía completamente distintas de los ritmos de trabajo preindustriales, trabajo que dependía de la variación de las estaciones o del tiempo, de la multiplicidad de tareas en ocupaciones no afectadas por la división racional del trabajo, los azares de otros seres humanos o animales, o incluso el mismo deseo de holgar en vez de trabajar. Esto era así incluso en el trabajo asalariado preindustrial de trabajadores especializados, como por ejemplo el de los jornaleros artesanales, cuya tozudez por no empezar la semana de trabajo hasta el martes (el lunes era “santo”) era la desesperación de sus patronos. La industria trajo consigo la tiranía del reloj, la máquina que señalaba el ritmo de trabajo y la compleja y cronometrada interacción de los procesos: la medición de la vida no ya en estaciones (“por san Miguel” o “por la Cuaresma”) o en semanas y días, sino en minutos, y por encima de todo una *regularidad* mecanizada de trabajo que entraba en conflicto no sólo con la tradición, sino con todas las inclinaciones de una humanidad aún no condicionada por ella. Y si las gentes no querían tomar espontáneamente los nuevos caminos, se les forzaba a ello por medio de la disciplina laboral y las sanciones, con leyes para patronos y empleados como la de 1823 que amenazaba a estos últimos con encerrarlos en la cárcel si quebrantaban su contrato (a sus patronos sólo con sanciones), y con salarios tan bajos que sólo el trabajo ininterrumpido y constante podía proporcionarles el suficiente dinero para seguir vivos, de modo que no les quedaba más tiempo libre que el de comer, dormir y, puesto que se trataba de un país cristiano, rezar en domingo.

En tercer lugar, el trabajo en la época industrial se realizaba cada vez con mayor frecuencia en los alrededores de la gran ciudad; y ello pese a que la más antigua de las revoluciones industriales desarrolló buena parte de sus actividades en pueblos industrializados de mineros, tejedores, productores de clavos y cadenas y otros obreros especialistas. En 1750 sólo dos ciudades de Gran Bretaña tenían más de 50.000 habitantes: Londres y Edimburgo; en 1801 ya había ocho; en 1851, veintinueve, y, de ellas, nueve tenían más de 100.000. Hacia esta época los ingleses vivían más en la ciudad que en el campo, y de ellos, por lo menos un tercio en ciudades con más de 50.000 habitantes. ¡Y qué ciudades! Ya no era sólo que el humo flotara continuamen-

te sobre sus cabezas y que la mugre les impregnara, que los servicios públicos elementales —suministro de agua, sanitarios, limpieza de las calles, espacios abiertos, etc.— no estuvieran a la altura de la emigración masiva a la ciudad, produciendo así, sobre todo después de 1830, epidemias de cólera, fiebres tifoideas y un aterrador y constante tributo a los dos grandes grupos de aniquiladores urbanos del Siglo XIX: la polución atmosférica y la del agua, es decir, enfermedades respiratorias e intestinales. No era sólo que las nuevas poblaciones urbanas, a veces totalmente desconocedoras de la vida no agraria, como los irlandeses, se apretujaran en barriadas obreras frías y saturadas, cuya sola contemplación era penosa. “La civilización tiene sus milagros —escribió sobre Manchester el gran liberal francés Tocqueville— y ha vuelto a convertir al hombre civilizado en un salvaje.”⁶ Tampoco se trataba solamente de la concentración de edificios inflexible e improvisada, realizada por quienes los construían pensando tan sólo en los beneficios que Dickens supo reflejar en su famosa descripción de “Coketown” y que construyeron inacabables hileras de casas y almacenes, empedraron calles y abrieron canales, pero no fuentes ni plazas públicas, paseos o árboles, a veces ni siquiera iglesias. (La sociedad que construyó la nueva ciudad ferroviaria de Crewe, concedió graciosamente permiso a sus habitantes para que usaran de vez en cuando una rotonda para los servicios religiosos.) A partir de 1848 las ciudades comenzaron a dotarse de tales servicios públicos, pero en las primeras generaciones de la industrialización fueron muy escasos en las ciudades británicas, a no ser que por casualidad hubieran heredado la tradición de construir graciosos edificios públicos o consentir los espacios abiertos del pasado. La vida del pobre, fuera del trabajo, transcurría entre las hileras de casuchas, en las tabernas baratas e improvisadas y en las capillas también baratas e improvisadas donde se le solía recordar que no sólo de pan vive el hombre.

Era mucho más que todo esto: la ciudad destruyó la sociedad. “No hay ninguna otra ciudad en el mundo donde la distancia entre el rico y el pobre sea tan grande o la barrera que los separa tan difícil de franquear”, escribió un clérigo refiriéndose a Manchester. “Hay mucha menor comunicación *personal* entre el dueño de una hilandería y sus obreros, entre el estampador de indianas y sus oficiales eternamente manchados de azul, entre el sastre y sus aprendices, que entre el duque de Wellington y el más humilde jornalero de sus tierras.”⁷ La ciudad era un volcán cuyo retumbar oían con alarma los ricos y poderosos, y cuya erupción les aterrorizaba. Para sus habitantes pobres la

ciudad era más que un testigo presencial de su exclusión de la sociedad humana: era un desierto pedregoso, que a costa de sus propios esfuerzos tenían que hacer habitable.

En cuarto lugar, la experiencia, tradición, sabiduría y moralidad preindustriales no proporcionaban una guía adecuada para el tipo de comportamiento idóneo en una economía capitalista. El trabajador preindustrial respondía a incentivos materiales, en tanto que deseaba ganar lo suficiente para disfrutar de lo que le correspondía en el nivel social que Dios había querido otorgarle, pero incluso sus ideas sobre la comodidad estaban determinadas por el pasado y limitadas por lo que era "idóneo" para uno de su condición social, o como mucho de la inmediata superior. Si ganaba más de lo que consideraba suficiente, podía —como el inmigrante irlandés, desespero de la racionalidad burguesa— gastarlo en ocios, juergas y alcohol. Su misma ignorancia material acerca de cuál era el mejor modo de vivir en una ciudad, o de comer alimentos industriales (tan distintos del alimento rural), podía hacerle más pobre de "lo necesario" (es decir, su propia idiosincrasia le hacía "más pobre" de lo que le hubiera correspondido). Este conflicto entre la "economía moral" del pasado y la racionalidad económica del presente capitalista era evidente en el ámbito de la seguridad social. La opinión tradicional, que aún sobrevivía distorsionada en todas las clases de la sociedad rural y en las relaciones internas de los grupos pertenecientes a la clase obrera, era que un hombre tenía derecho a ganarse la vida, y si estaba impedido de hacerlo, el derecho a que su comunidad le mantuviera. La opinión de los economistas liberales de la clase media era que las gentes debían ocupar los empleos que ofreciera el mercado, en cualquier parte y bajo cualesquiera condiciones, y que el individuo razonable crearía una reserva dineraria para accidentes, enfermedad o vejez, mediante el ahorro y el seguro individual o colectivo voluntario. Naturalmente no se podía dejar que los pobres de solemnidad se murieran de hambre, pero no debían percibir más que el mínimo absoluto —una cifra por supuesto inferior al salario mínimo ofrecido en el mercado— y en las condiciones más desalentadoras. El objetivo de la ley de pobres no era tanto ayudar a los desafortunados, como estigmatizar los vivientes fracasos de la sociedad. La clase media opinaba que las "sociedades fraternas" eran formas de seguridad racionales. Esta opinión era contrapuesta a la de la clase obrera, que tomó estas sociedades literalmente como comunidades de amigos en un desierto de individuos, y que, como era natural, también gastaban su dinero en reuniones sociales, festejos e "inútiles" atavíos y ri-

tuales a que eran tan adictos los Oddfellows, Foresters y las demás "órdenes" que surgieron por todo el norte en el período inmediatamente posterior a 1815. De modo parecido, los funerales y velatorios irracionalmente costosos que los trabajadores defendían como tradicional tributo a la muerte y a la reafirmación comunal en la vida, eran incomprendibles para los miembros de la clase media, que advertían que los trabajadores que abogaban por aquellos ritos, a menudo no podían pagarlos. Sin embargo la primera compensación que pagaba una asociación obrera o una "sociedad fraterna" era casi invariablemente un servicio funerario.

Mientras la seguridad social dependió de los propios esfuerzos de los trabajadores, solió ser económicamente ineficaz comparada con la situación de la clase media, cuando dependió de sus gobernantes, quienes determinaban el grado de asistencia pública, fue motor de degradación y opresión más que medio de ayuda material. Ha habido pocos estatutos más inhumanos que la ley de pobres de 1834, que hizo "menos elegible" cualquier beneficencia que el salario más mísero; confinó esta beneficencia a las casas de trabajo semicarcelario, separando a la fuerza a los hombres de sus mujeres y de sus hijos para castigarles por su indigencia y disuadirles de la peligrosa tentación de engendrar más pobres. Esta ley de pobres no se llegó a aplicar nunca en todo su tenor, ya que donde el pobre era fuerte huyó de su extremosidad y con el tiempo se hizo algo menos punitiva. Sin embargo, siguió siendo la base de la beneficencia inglesa hasta vísperas de la primera guerra mundial, y las experiencias infantiles de Charlie Chaplin demuestran que seguía siendo lo que había sido cuando el *Oliver Twist* de Dickens expresaba el horror popular por ella en la década de 1830.⁸ Hacia esta fecha —en realidad hasta los años 50— un mínimo del 10 por ciento de la población inglesa estaba en la indigencia.

Hasta cierto punto la experiencia del pasado no era tan nimia como podía haberlo sido en un país que hiciera el tránsito de una época no industrial a otra industrial moderna de modo más radical y directo, como sucedió en Irlanda y las Highlands escocesas. La Gran Bretaña semiindustrial de los siglos XVII y XVIII preparó y anticipó en cierto modo la era industrial del XIX. Por ejemplo, la institución fundamental para la defensa de la clase obrera, la *trade union*, existía ya *in nuce* en el siglo XVIII, parte en la forma asistemática pero no ineficaz de la "negociación colectiva por el disturbio" de carácter periódico y practicada por marineros, mineros, tejedores y calceteros, y parte en la forma mucho más estable de gremios para artesanos especializados, a ve-

ces vinculados estrechamente a escala nacional mediante la práctica de ayudar a los asociados en paro a buscar trabajo y conseguir experiencia laboral.

En un sentido muy real el grueso de los trabajadores británicos se había adaptado a una sociedad cambiante, que se industrializaba, aunque aún no estuviera revolucionada. Para determinados tipos de trabajo, cuyas condiciones aún no habían cambiado fundamentalmente —de nuevos mineros y marineros vienen a la memoria—, las viejas tradiciones podían ser suficientes: los marineros multiplicaron sus canciones sobre las nuevas experiencias del siglo XIX, tales como las de la caza de la ballena en Groenlandia, pero seguían siendo canciones populares tradicionales. Un grupo importante había aceptado e incluso, es verdad, recibido con alborozo a la industria, la ciencia y el progreso (aunque no al capitalismo). Eran éstos los “artesanos” o “mecánicos”, los hombres de talento y experiencia, independientes e instruidos, que no veían gran diferencia entre ellos mismos y los de un nivel social similar que trataban de convertirse en empresarios, o seguir siendo agricultores *yeomen* o pequeños tenderos: las gentes que señalaban los límites entre la clase obrera y la clase media.⁹ Los “artesanos” eran los líderes naturales, en ideología y organización, de los trabajadores pobres, los pioneros del radicalismo (y más tarde de las primeras versiones —owenitas— del socialismo), de la discusión y de la educación superior popular —a través de los Mechanics’ Institutes, Halls of Science, y una variedad de clubs, sociedades e impresores y editores librepensadores—, el núcleo de los sindicatos, de los jacobinos, los cartistas o cualesquiera otros movimientos progresistas. A los disturbios de los jornaleros agrícolas se sumaron peones camineros y albañiles rurales; en las ciudades pequeños grupos de tejedores a mano, impresores, sastres, y quizá un puñado de negociantes y tenderos, proporcionaron un liderazgo político a la izquierda hasta el declive del cartismo, si no más allá. Hostiles al capitalismo, eran únicos en elaborar ideologías que no buscaran el solo retorno a una tradición idealizada, sino que contemplaran una sociedad justa que podía ser también técnicamente progresiva. Por encima de todo, representaban el ideal de libertad e independencia en una época en que todo el mundo conspiraba para degradar al trabajo.

Sin embargo, aun estas no eran más que soluciones de transición para el problema obrero. La industrialización multiplicó el número de tejedores a mano y calceteros hasta el final de las guerras napoleónicas. Después les destruyó por estrangulación lenta: comunidades com-

bativas y previsoras como los obreros del lino de Dunfermline acabaron desmoralizándose y en la pobreza y tuvieron que emigrar en la década de 1830. Hubo artesanos especializados que se vieron convertidos en obreros sudorosos, como ocurrió en el comercio de enseres londinense, y aun cuando sobrevivieron a los cataclismos económicos de los años 30 y 40, ya no podía esperarse que desempeñaran un papel social importante en una economía donde la fábrica no era ya una excepción regional, sino la regla. Las tradiciones preindustriales no podían mantener sus cabezas por encima del nivel, cada vez más alto, de la sociedad industrial. En el Lancashire podemos observar cómo las viejas formas de celebrar las fiestas —los juegos de fuerza, combates de lucha, riña de gallos y acoso de toros— languidecían a partir de 1840; y los años cuarenta señalan también el fin de la época en que la canción popular era el principal idioma musical de los obreros industriales. Los grandes movimientos sociales de este período —del ludismo al cartismo— también fueron decayendo: habían sido movimientos que no sólo obtenían su vigor de las extremas dificultades de la época, sino también de la fuerza de aquellos otros métodos más viejos de acción de los pobres. Habían de pasar otros cuarenta años antes de que la clase obrera británica desarrollara nuevas formas de lucha y de vida.

Ésas eran las tensiones cualitativas que oprimían a los trabajadores pobres de las primeras generaciones industriales. A ellas debemos añadir las cuantitativas: su pobreza material. Si ésta aumentó o no, es tema de encendida polémica entre los historiadores, pero el hecho mismo de que la pregunta sea pertinente ya facilita una sombría respuesta: nadie sostiene en serio un deterioro de las condiciones en períodos en que evidentemente no se deterioraron, como en la década de 1950.¹⁰

Por supuesto que no hay duda en el hecho de que en términos relativos el pobre se hizo más pobre, simplemente porque el país, y sus clases rica y media, se iba haciendo cada vez más rico. En el mismo momento en que el pobre se había apretado al máximo el cinturón —a principios y mediados de la década de 1840— la clase media disfrutaba de un exceso de capital para invertir en los ferrocarriles o gastarlo en los rutilantes y opulentos ajuares domésticos presentados en la Gran Exposición de 1851, y en las suntuosas construcciones municipales que iban a levantarse en las humeantes ciudades del norte.

Tampoco se discute —o no debería discutirse— la anormal presión realizada sobre el consumo de la clase obrera en la época de la primera industrialización que se reflejó en su pauperización relativa. La indus-

trialización implica una relativa diversión de la renta nacional del consumo a la inversión, una sustitución de bistecs por fundiciones. En una economía capitalista esta operación adquiere la forma, principalmente, de una transferencia de ingresos de las clases no inversoras —como campesinos y obreros— a las potencialmente inversoras —propietarios de tierras o de empresas comerciales—, es decir, del pobre al rico. En Gran Bretaña no existió nunca la más mínima escasez de capital, dada la riqueza del país y el bajo costo de los primeros procesos industriales, pero una gran parte de los que se beneficiaron de esta transferencia de las rentas —y en particular, los más ricos de ellos— invirtieron el dinero fuera del desarrollo industrial directo o lo dilapidaron sin más, obligando así al resto de los empresarios (más pequeños) a presionar aún con mayor dureza sobre el trabajo. Además, la economía no basaba su desarrollo en la capacidad adquisitiva de su población obrera: los economistas tienden a suponer que sus salarios no debían estar muy por encima del nivel de subsistencia. Hasta mediados de siglo no surgieron las teorías que abogaban por salarios más elevados como económicamente ventajosos, y las industrias que abastecían al mercado interior de consumo —es decir, vestidos y enseres domésticos— no fueron revolucionadas hasta su segunda mitad. El inglés que quería un par de pantalones podía elegir entre la hechura a medida en un sastre, comprar los usados por sus superiores sociales, confiar en la caridad, llevar andrajos o hacérselos él mismo. Finalmente, determinados requisitos esenciales de la vida —alimentos y tal vez casa, pero también comodidades urbanas— no marchaban al paso de la expansión de las ciudades, o de la población total, y algunas veces no llegaban a alcanzarlas. Así, por ejemplo, es muy probable que el suministro de carne a Londres fuese al remolque de su población desde 1800 hasta la década de 1840.

No hay duda, tampoco, de que las condiciones de vida de determinadas clases de población, se deterioraron. Estas clases estaban compuestas básicamente por los jornaleros agrícolas en general (alrededor de un millón en 1851), o, en cualquier caso, por los del sur y este de Inglaterra, y los pequeños propietarios y granjeros de la franja céltica de Escocia y Gales. (Los ocho millones y medio de irlandeses, principalmente campesinos, fueron reducidos a la más increíble miseria. Cerca de un millón de ellos murieron de inanición de las hambrunas de 1846-1847, la mayor catástrofe humana del siglo XIX a escala mundial.)¹¹ También hay que contar las empleadas en industrias y ocupaciones en decadencia, desplazadas por el progreso técnico, de

las que el medio millón de tejedores a mano son el ejemplo mejor conocido; pero no por ello el único. Estos tejedores se fueron empobreciendo progresivamente en un vano intento de competir con las nuevas máquinas a costa de trabajar más barato. Su número se había duplicado entre 1788 y 1814 y su salario había aumentado notablemente hasta mediadas las guerras; pero entre 1805 y 1833 pasó de 23 chelines semanales a 6 chelines y 3 peniques. Hay que mencionar también las ocupaciones no industrializadas que dieron abasto a la creciente demanda de sus artículos no por medio de la revolución técnica, sino por la subdivisión y el "sudor": las innumerables costureras que trabajaban en los sótanos o buhardillas.

Así, pues, no nos será posible resolver la cuestión de si, una vez sumados todos los sectores oprimidos de trabajadores pobres y comparados con los que, de algún modo, conseguían aumentar sus ingresos, hallaríamos promedio neto de ganancias o pérdidas, sencillamente porque no sabemos lo bastante sobre salarios, desempleo, precios de venta al detalle y otros datos necesarios para responder rotundamente a la cuestión. Lo que sí es completamente cierto es que no existió una mejora general significativa. Puede haber habido —o no— deterioro entre 1795 y 1845. A partir de entonces hubo una mejoría indudable, y el contraste entre este período (por modesto que fuéra) y el inicial nos dice realmente todo lo que necesitamos saber. A partir de 1840, el consumo creció de forma significativa (hasta entonces no había experimentado grandes cambios). Tras esta década —conocida correctamente como los "hambrientos años cuarenta", aunque en Inglaterra (pero no en Irlanda) las cosas mejoraron durante la mayor parte de estos años— es indudable que el paro disminuyó de forma considerable. Por ejemplo, ninguna depresión cíclica ulterior fue tan catastrófica y desalentadora como la crisis de 1841-1842. Y por encima de todo, el pálpito de una inminente explosión social que había flotado en Gran Bretaña casi constantemente desde el fin de las guerras napoleónicas (excepto durante la década de 1820), desapareció. Los ingleses dejaron de ser revolucionarios.

Este penetrante desasosiego social y político no refleja tan sólo la pobreza material, sino la pauperización social: la destrucción de las viejas formas de vida sin ofrecer a cambio un sustitutivo que el trabajador pobre pudiera contemplar como equivalente satisfactorio. Partiendo de distintas motivaciones, el país se vio inundado, de vez en cuando, por poderosas mareas de desesperación social: en 1811-1813, en 1815-1817, en 1819, en 1826, en 1829-1835, en 1838-1842,

en 1843-1844, en 1846-1848. En las zonas agrícolas las algaradas fueron ciegas, espontáneas y cuando tenían objetivos definidos obedecían casi enteramente a motivaciones económicas. Un revoltoso de los Fens decía en 1816: "Aquí estoy entre el cielo y la tierra y Dios es mi ayuda. Antes perdería la vida que marcharme. Quiero pan y tendré pan".¹² Los incendios de graneros y la destrucción de máquinas trilladoras se sucedieron en 1816 por todos los condados del este; en 1822 en East Anglia; en 1830 entre Kent y Dorset, Somerset y Lincoln; en 1843-1844 de nuevo en las Midlands orientales y en los condados del este: la gente quería un mínimo para vivir. A partir de 1815 la inquietud económica y social se combinó generalmente en las zonas industriales y urbanas con una ideología política y un programa específicos: radical-democrático, o incluso "cooperativo" (o, como diríamos ahora, socialista), aunque los primeros grandes movimientos de desazón de 1811-1813, el de los ludistas de las Midlands orientales y del Yorkshire, destrozaron las máquinas sin ningún programa específico de reforma política o revolución. Las fases que abogaban por la agitación política o asociacionista tendieron a alternarse, y normalmente las primeras fueron las que contaron con mayores movimientos de masa: la política predominó en 1815-1819, 1829-1832, y sobre todo en la época cartista (1838-1848), y la organización industrial a principios de la década de 1820 y en 1833-1838. Sin embargo, a partir de 1830 todos estos movimientos se hicieron más conscientes y característicamente proletarios. Las agitaciones de 1829-1835 vieron surgir la idea del "sindicato general" (*general trades union*) y su arma definitiva, que podía utilizarse para objetivos políticos, la "huelga general"; el cartismo se apoyaba firmemente en la conciencia de la clase obrera, y para conseguir sus fines acariciaba la esperanza de la huelga general, o, como se la llamaba entonces, del "mes santo". Pero fundamentalmente, lo que mantenía unidos a todos los movimientos, o los galvanizaba después de sus periódicas derrotas y desintegraciones, era el descontento general de gentes que se sentían hambrientas en una sociedad opulenta y esclavizadas en un país que blasonaba de libertad, iban en busca de pan y esperanza y recibían a cambio piedras y decepciones.

¿Acaso su descontento no estaba justificado? Un funcionario prusiano que viajó a Manchester en 1814 nos ha dejado una opinión moderadamente halagüeña:

La nube de vapor de carbón se columbra en la distancia. Las casas están ennegrecidas por ella. El río que atraviesa Manchester va tan lleno de harapos de colores que más semeja la tina de un tintorero. Todo el paisaje es melancólico. Sin embargo, deambulan por doquier gentes atareadas, felices y bien nutridas, y eso levanta los ánimos de quien lo contempla.¹³

Ninguno de los que visitaron Manchester en los años 30 y 40 —y fueron muchos— reparó en sus gentes felices y bien nutridas. “Naturaleza humana desventurada, defraudada, oprimida, aplastada, arrojada en fragmentos sangrientos al rostro de la sociedad”, escribió sobre Manchester el americano Colman en 1845. “Todos los días de mi vida doy gracias al cielo por no ser un pobre con familia en Inglaterra.”¹⁴ ¿Nos sorprenderemos de que la primera generación de trabajadores pobres en la Gran Bretaña industrial considerara mezquinos los resultados del capitalismo?

NOTAS

1. Ver “lecturas complementarias”, especialmente 4 (E. P. Thompson, F. Engels, N. Smelser), nota 1 del capítulo 2 (K. Polanyi). Sobre el “nivel de vida”, ver también E. J. Hobsbawm, *Labouring Men* (1964), Phyllis Deane, *The First Industrial Revolution* (1965). Para los movimientos obreros, Cole y Postgate (“lecturas complementarias” 2), A. Briggs, ed., *Chartist Studies* (1959). Para las condiciones sociales, E. Chadwick, *Report on the Sanitary Conditions of the Labouring Population*, ed. M. W. Flinn (1965); A. Briggs, *Victorian Cities* (1963). Ver también las figuras 2-3, 13, 20, 37, 45-46.
2. Es irrelevante para nuestros propósitos que el intento de aplicar el “cálculo de la felicidad” de Bentham implique técnicas matemáticas muy por delante de la aritmética, pero no el que se haya demostrado que tal intento de aplicación es imposible sobre la base benthamita.
3. No lo eran, por ejemplo, el comercio al detalle y ciertos tipos de industria.
4. N. McCord, *The Anti-Corn Law League* (1958), pp. 57-58.
5. Ciertas categorías de obreros no estaban reducidas totalmente al simple vínculo dinerario: por ejemplo, los “mozos de ferrocarril”, quienes a cambio de una rígida disciplina y carencia de derechos, disfrutaban de una buena seguridad social, oportunidades de promoción gradual e incluso pensiones de jubilación.
6. A. de Tocqueville, *Journeys to England and Ireland*, ed. J. P. Mayer (1958), pp. 107-108.
7. Canon Parkinson, citado en A. Briggs, *op. cit.*, pp. 110-111.
8. La ley de pobres escocesa era algo distinta. Ver capítulo 15.
9. La familia de Harold Wilson, primer ministro desde 1964, es casi una ilustración textual de este estrato. Sus ocho anteriores generaciones paternas fueron: trabajador agrícola, pequeño propietario agrícola, granjero, cordobanero y granjero, administrador de una casa de trabajo, vendedor, pañero, químico. Esta línea paterna entroncó en el siglo XIX con una generación de tejedores e hiladores, otra de fabricantes de torcidas de algodón, fogonero, armador de máquinas de tren y una tercera de funcionario de ferrocarriles y maestro de escuela (*Sunday Times*, 7 de marzo de 1965).

10. Es cierto que en tales períodos las grandes zonas de pobreza tendían a ser olvidadas y debían ser redescubiertas periódicamente (al menos por los que no eran pobres), como sucedió en la década de 1880, una vez que las primeras prospecciones sociales lo revelaron a una sorprendida clase media. Un redescubrimiento parejo tuvo lugar a principios y mediados de los pasados años 60.
11. Es decir, con respecto al tamaño de la población afectada.
12. William Dawson, citado en A. J. Peacock, *Bread or Blood* (1965).
13. *Fabriken-Kommissarius*, mayo de 1814 (ver nota 4 del capítulo 3).
14. Citado en A. Briggs, *op. cit.*, p. 12.